

TEMAS DE DEBATE

LA EUTANASIA. ¿UN DERECHO?

Joan Calvin
Palomares



No se asuste el lector ante el siguiente concepto: invalidación epistémica. En realidad, dice algo muy claro: existe una serie de hechos sociales que niegan el valor del conocimiento en primera persona de las personas con discapacidad. Dicho de otro modo, es una noción que formula la siguiente pregunta: ¿La experiencia en primera persona de la discapacidad tiene valor científico, legislativo y político?

El frente más significativo de estas invalidaciones es el de las ciencias de la salud. En el pasado hemos creído que los profesionales de la salud ostentaban autoridad sobre la salud de sus pacientes con discapacidad. Este asunto ha sido ampliamente investigado y descansa sobre la idea de que las personas con discapacidad y sus experiencias no tienen un valor de verdad dentro de las llamadas ciencias de la salud. No son pocas las revoluciones políticas, sociales y filosóficas que se han dado a lo largo de las últimas décadas a favor de prácticas que incluyen estas experiencias. Siempre al amparo de las filosofías que han favorecido la experimentación de otros modos de comprender y vivir la diferencia.

Estas experiencias críticas y vitales, a favor de validar epistémicamente las experiencias desde la discapacidad, es decir, a favor de valorar los conocimientos obtenidos por las propias vivencias, son la fundamentación teórica de la eutanasia. Al menos, si entendemos la eutanasia



Experiencias y testimonios que afirman, de nuevo, algo muy sencillo: la vida merece ser vivida con una discapacidad»

como un derecho. La pregunta de fondo es sencilla: ¿por qué no dejar que sean las personas con discapacidad las que elijan sobre sus propias vidas? Ahora bien, el argumento no es tan simple. El modelo biomédico de nuestro contexto, al mantener prácticas de invalidación epistémica en su fuero interno, no permite que se incorporen las experiencias de la discapacidad al marco de los cuidados. Es decir, no permite que las experiencias en primera persona de la discapacidad atraviesen de manera esencial los discursos que legislan, promueven y mantienen las instituciones sanitarias.

Experiencias y testimonios que afirman, de nuevo, algo muy sencillo: la vida merece ser vivida con una discapacidad. Hay oportunidades para ser feliz, crear y amar. Oportunidades para sentir el placer de la

conexión y la plenitud. Y para luchar y lograr metas, en algunos casos, propias del hecho de vivir una de las diferencias que, por puro convenio, llamamos «discapacidad». Dejar que las inversiones epistémicas sean parte esencial de la educación de los profesionales de la salud (como es el caso de Australia o Canadá) es necesario si queremos hablar de la eutanasia como un derecho. De nuevo, esto no es tan simple. Pues, insospechadamente, vivimos en una red de discursos y prácticas que legitiman la capacidad y marginan la incapacidad: el llamado capacitismo.

El eje capaz-incapaz atraviesa un estado de las cosas en el que nos hemos instalado. Una productividad cada vez más salvaje y multiplicada de forma inaudita por la conectividad invasiva de las llamadas inteligencias artificiales. Siempre a la mano, nuestro smartphone, dispuesto a explotarnos. Consumir, producir o caer en una de las múltiples patologías. El mundo no es hoy menos capacitista; quizá lo es más que nunca. El inhumano capacitista es el de miles de millones de euros en espacios accesibles: rampas, elevadores y ascensores. Pero el mantenimiento de hábitos propios de la idolatría de la capacidad. El capacitismo de esos espacios hace que sean inaccesibles por mucho que se haya invertido materialmente en ellos.

En primera persona he vivido, en numerosas ocasiones, la experiencia de ascensores usados como lavabos. Y tener que tomar la decisión de pisar con mi silla de ruedas, manchando mis manos de orina y heces, o volverme por donde venía. Son tales las prisas de este capitalismo salvaje del productivismo digital sin límites, que de nada sirve que los trenes, autobuses o tranvías sean de última generación, si transitarlos supone vivir con miedo a que alguien acabe tirándote al suelo. Estos

son solo ejemplos puntuales, pero la siguiente pregunta recoge una inquietud de fondo: ¿Hay alguna inversión económica para la educación en hábitos anticapacitistas? Y si no es así, si no hay una reflexión en profundidad de lo que significan la inversión epistémica, el capacitismo y sus hábitos: ¿la eutanasia puede considerarse un derecho?

El problema es estructural: idolatramos la capacidad. El debate no es «eutanasia sí o no»: esa es una impostura de las políticas polarizadas que todos padecemos, también en muchos otros asuntos. ¿Quién no quiere morir bien? Sí a una eutanasia que valide la experiencia de la discapacidad y no a una eutanasia que invalide la experiencia de la discapacidad. De nuevo, fórmulas simples. Pero las cuestiones previas no lo son. ¿Nuestras instituciones son o no son capacitistas? ¿Hay una violencia estructural contra otras necesidades, otros ritmos, más pausados, otros tiempos, no necesariamente productivos? ¿Quiénes tienen en cuenta esas otras experiencias? Creo que esto no es más que un apunte que languidecería ante un análisis en profundidad de las violencias que sufren quienes son obligados a elegir, en sus propias carnes paralizadas, entre ser esclavos o inútiles, productivos hasta el extremo o inválidos.

Este capacitismo no es omnipotente. Es posible evitar al máximo sus efectos. Tal es el valor de las experiencias de quienes decimos: sí merece la pena vivir. Cuando esa experiencia esté arraigada y encarnada en la educación de los que tienen que anunciar que la eutanasia es un derecho, cuando esa experiencia haga sombra a las estructuras capacitistas, entonces estaremos en condiciones de hablar de la eutanasia como una validación de la experiencia de la discapacidad. Y si no es un derecho para las personas con discapacidad, entonces, ¿qué es lo que estamos haciendo? ¿Solo es una legitimación más de esa imposición acrítica que hemos llamado invalidez epistémica y capacitismo? ¿O la esclavitud o la muerte? Ojalá fuesen hipótesis.

QUID PRO QUO

LA UNITAT DE LES ESQUERRES

Josep Portella
Coll

Escriptor



Aquestes setmanes, la qüestió de la unitat de les esquerres mobilitza minories i encén opinions controvertides. És un procés complicat en un context enrevessat. Jo mateix no estic molt segur del que estic escrivint i, com fan els glossadors, deman perdó si algú se sent «agraviat». Bàsicament, hi ha dos processos en marxa: un més orgànic, que reuneix principalment a Moviment Sumar, Más Madrid, Esquerra Unida i Comuns (Procés A), i un altre més personalista, que engega Gabriel Rufián amb els bons ulls d'alguns dirigents de Podem i l'oposició d'ERC (Procés B). No són aquestes les úniques «esquerres» a l'estat: per un costat tenim una esquerra més-no-sé-què, que serien Adelante Andalucía a Andalusia, Movimiento

Socialista al País Basc i la CUP a Catalunya, realitats per ara molt limitades als seus territoris en els quals tenen una certa implantació. Hi hem d'afegir una gamma molt diversa de les denominades esquerres nacionalistes (Més Mallorca, Més Menorca, Compromís, Chunta, ERC, BNG, Bildu, etc.), que tenen, amb relació a un acord estatal com va ser el de 2023, una posició no sempre coincident. Per tant, quan es parla de procés d'unitat de les esquerres des dels mitjans generals, només es fixa en els dos processos apuntats al principi, que no suposen la totalitat. Si a això hi afegim que Pedro Sánchez, d'ençà que es va oposar a les guerres de Trump, sembla més revolucionari que el Che Guevara, ja em direu. Una cosa tenen en comú A i B: la unitat és necessària per aturar l'extrema dreta, que de vegades anomenem feixistes. No estic d'acord en el plantejament: la unitat ha de ser per guanyar, governar i fer avançar les idees que nodreixen l'esquerra. Anem, emperò, amb el tema A i B. A mi sempre m'han convençut més els moviments orgànics que no

els personals, més els col·lectius que les individualitats, que tantes decepcions han motivat al llarg de la història. No vull dir amb això que el procés A sigui exemplar quant participació de les bases, però almenys està subjecte a un marc col·lectiu d'elaboració. En canvi, el procés B sembla extremadament personalista i suportat per una campanya mediàtica d'aquelles que mai no són gratuïtes. A Rufián, negat pel seu mateix partit, s'han afegit dirigents de Podem com Irene Montero. Dic dirigents, perquè no sé si Podem s'ha definit com a organització. Com a rêmora dels actuals processos tenim la història dels darrers deu anys i molts rancors personals acumulats i els diferents posicionaments que hi ha hagut. I tenim també les experiències en les recents eleccions autonòmiques a Extremadura, Castella i Lleó, Aragó i, en marxa, a Andalusia. No fa falta recordar què ha passat a les comunitats en les quals l'esquerra ha anat separada. Semblava que la desunió entre Sumar-EU i Podem també es repetiria a Andalusia, però no ha estat així. A pesar

de les consignes dels líders espanyols de Podem de no voler saber res de Sumar, finalment, en un referèndum dels adherents andalusos, més del 80% d'aquests han acordat sumar-se a un gran acord. Un 83% que era una censura directa a les posicions emanades des de Madrid. He de dir que vaig sentir una alegria gran amb aquesta decisió. El que no vaig entendre mai és per què van fer el referèndum un dia abans que acabés el termini de presentació de coalicions, quasi com havia passat quatre anys abans, per negociar un acord. Estic convençut que si la decisió referendària de Podem Andalusia s'hagués produït un mes abans, el procés d'integració i formació de les candidatures hauria estat molt millor i que Juan Antonio Delgado hauria estat en lloc de sortida, com crec que hauria de ser. D'ençà de l'acord, alguns dirigents espanyols de Podem no han aturat de criticar-lo. En primer lloc, Pablo Iglesias, que en deu anys ha passat de ser un agent mobilitzador i motivador de l'esquerra a un dinamiter de tot allò que no es fa com ell voldria que es fes. La veritat és que no entenc aquest paper que fa. Tot el meu desig és que la força de la unitat superi aquestes travetes i que totes les parts sentin que han contribuït al millor resultat possible.